



Sobre la necesidad de incluir narrativas algorítmicas en las prácticas docentes

On the Need to Include Algorithmic Narratives in Teaching Practices

VIOLETA BUSTOS VACCIA

Fundación Mar Adentro
Chile

violeta.bustos@fundacionmaradentro.cl

 <https://orcid.org/0009-0005-4718-0330>

 <https://doi.org/10.52948/ds.v6i1.986>

Artículo de investigación

Recepción: 11 de enero de 2024

Aprobación: 27 de febrero de 2024

Cómo citar este artículo:

Bustos, V. (2024). Sobre la necesidad de incluir narrativas algorítmicas en las prácticas docentes. *Designio*, 6(1), 23–41. <https://doi.org/10.52948/ds.v6i1.986>

Resumen

Este artículo da cuenta de la necesidad de integrar y co-interpretar los alcances de los algoritmos de redes sociales en prácticas docentes. Lo anterior, por medio de aproximaciones narrativas, estéticas y performativas que ayuden a establecer perspectivas comunes sobre las consecuencias de estos mecanismos convertidos en técnica cultural, debido a su profunda implicancia en la vida cotidiana de los estudiantes y su entorno local-inmediato; así como en el escenario global.

Palabras clave: algoritmos; prácticas docentes; transformación digital.

Abstract

This article explains the need to integrate and co-interpret the scope of social network algorithms in teaching practices, through narrative, aesthetic and performative approaches that help establish common perspectives on the consequences of these mechanisms converted into a cultural technique, due to its profound implication in the daily lives of students and their immediate local environment, as well as on the global stage.

Keywords: Algorithms; teaching practices; digital transformation.

Introducción

Abordar la transmedialidad asociada a prácticas docentes implica considerar puentes de comunicación entre generaciones, por medio de una búsqueda permanente de formatos comunes que permitan la co-construcción de aprendizajes en tiempos de constante transformación digital. Ante la distancia mediada por la diversidad de experiencias vitales de los actores educativos, múltiples interseccionalidades y formas de relacionarse con las tecnologías; es necesario concebir narrativas que impulsen la comprensión mutua y la puesta en marcha de nuevos procesos de comunicación y creación en el aula, que se alineen con la implicancia y los usos de la tecnología en la vida contemporánea. Así, se propone que los algoritmos, en especial aquellos que inciden con mayor profundidad en el cotidiano (los mecanismos de redes sociales), deben ser abordados en el espacio educativo en función del intensivo y transversal uso de las plataformas *social media*, especialmente por parte de los estudiantes.

Hoy la tecnología ha puesto en marcha transformaciones que generan permanente tensión respecto de las definiciones de lo humano; en términos de las hibridaciones con las máquinas y las relaciones simbióticas establecidas con dispositivos como el celular y la exposición –a través de su pantalla– a contenidos presentes en plataformas masificadas, escenarios virtuales omnipresentes del siglo XXI. Donna Haraway (2018) dirá que “la máquina somos nosotros, y nuestros procesos, un aspecto de nuestra encarnación” (p. 78). Esta noción plantea rutas exploratorias posibilitadas por las maneras en que las tecnologías se pliegan al ejercicio de existir en el mundo, ramificaciones con potencial creativo y narrativo que pueden ser situadas en contextos educacionales. Como la existencia contemporánea se da de manera indivisible con la tecnología, y en consideración de sus usos extendidos: la comunicación vía redes sociales –interfaces constituidas de algoritmos mediados por Inteligencia Artificial (IA)–, es que hoy todo acto creativo es nutrido en mayor o menor medida por la organización algorítmica de las trayectorias vitales.

Dicho de manera más radical, los ciudadanos nos hemos convertido en algoritmos, según explica García Canclini (2020), consciente de que estas operaciones permean los planos de la existencia colectiva e incluso afectan a quienes no utilizan redes sociales, pues en su mayoría estas personas interactúan con quienes sí las usan. Desde esta perspectiva, devenimos algoritmos a partir de interfaces digitales que consideran a humanos frente a pantallas y dispositivos en relación con operaciones algorítmicas. Al respecto, Gómez y Marchant (2016) señalan:

Lo algorítmico, al condicionar el accionar de otros fenómenos y grupos de actores, puede entenderse más allá de su naturaleza técnica y material, emergiendo más bien como una agencia que se moviliza a través de las redes de actores que configuran la esfera social (. . .) y donde la ciudad misma puede entenderse como un medio por sus redes de información e infraestructura. (p. 20)

El hincapié recae en ese espacio específico que constituyen estas plataformas utilizadas principalmente en celulares. Allí se está construyendo identidad y diseñando comunicación en un entorno táctil de experiencias sensibles que involucran al cuerpo y sus diversos sentidos. Los *smartphones*, dispositivos por donde circula la mayor cantidad de datos de redes sociales, están intercomunicados por medio de diversos lenguajes de programación. Como señalan La Ferla y Beiguelman (2011), se han convertido en la mayor interfaz cultural de nuestra época. Esto implica que, en algún nivel, cuando nos encontramos con alguien en la calle, nuestros celulares también se encuentran. Entonces, se produce un acople de nuestras

identidades múltiples e híbridas en cuanto a su materialidad y virtualidad. De esta manera, los celulares que se reúnen en una sala de clases dan cuenta de un ecosistema que interactúa de manera paralela y simultánea a las experiencias de formación.

En términos propositivos y en relación con la temática enunciada, cabe señalar que, del mismo modo que se suele vincular lo tecnológico como parte de la conformación humana actual; las máquinas de pensamiento ejecutadas por IA –de funcionamiento algorítmico– son contempladas en términos teóricos preponderantemente como la asimilación de una mente humana o un cerebro con múltiples nodos que evocan la idea de memoria artificial. Frente al enfoque mentalista de la IA, Bunz (2021) considera necesario abrirse a concepciones que incorporen el azar como parte de un proceso que va más allá de un punto de referencia, un desorden o una entropía que, en definitiva, permita imaginar posibilidades de resistencia frente a la forma en que “nos dejamos gobernar” por las tecnologías.

Esta noción de resistencia puede expresarse de múltiples formas. Una de ellas consiste en el estímulo de narrativas surgidas a partir de la certeza respecto de la incidencia de los mecanismos algorítmicos en lo cotidiano. Al mismo tiempo, cabe tener en cuenta que la visión mentalista de la IA dialoga con la idea de una ficción religiosa presente en los simulacros digitales del infinito reproducidos en la apariencia de un scroll permanente y sin final. Al respecto, Haraway (2018) apela a descartar las utopías que conduzcan a un carácter religioso de la articulación de las redes en nodos que componen un todo. La figura del cyborg elaborada por la autora, traída al presente como un arquetipo que ejerce su existencia en redes sociales; es un personaje en movimiento posible de instalar en contextos educativos mediante el diálogo de prácticas pedagógicas que contribuyan a pensar lo algorítmico como parte del engranaje retórico de una simulación.

La perspectiva de retroalimentación bidireccional entre lo maquínico y lo humano–incluso lo natural– da cuenta un continuo colectivo expresado materialmente en unión con los dispositivos tecnológicos. Para profundizar en esta idea puede ser útil el concepto benjaminiano de *Unmensch*, el cual remite a una experiencia que considera todo lo creado (Parikka, 2021), en reconocimiento del continuo sin la supremacía de todo lo creado. A la vez, esta noción se conecta con la incertidumbre propia del *cyborg* que desafía los géneros y categorías que hoy han sido puestas en relieve por algoritmos que nos clasifican y que se nutren de una suerte de positivismo actualizado por medio de “correlaciones automatizadas” (Pasquinelli y Joler, 2021).

Otro término relevante para acercarnos a las vinculaciones que se dan en redes sociales, algoritmos y usuarios, puede ser la llamada noosfera¹, entendida como espacio vital que surge de la relación entre los seres y su entorno (López-Pellisa, 2015). Estaríamos insertos en una noosfera que considera lo digital desde un enfoque relacional de conductas y comportamientos que, aun mediados por estructuras de poder articuladas en función de los intereses de consumo presentes en las plataformas de redes sociales, podrían estimular escenarios de emancipación y pensamiento crítico en la medida que –para el caso de una propuesta educativa– los profesores sean capaces de incorporar códigos de comunicación; así como de estimular ejercicios de mediación para comprender las maneras en que los algoritmos permean en las experiencias de aprendizaje, en particular, desde un potencial narrativo y literario.

Al respecto, un ámbito a considerar sería la necesidad de visualizar las escalas de interacción presentes en redes sociales en función de nuevas temporalidades narrables. A modo de ejemplo, las maneras de absorber las imágenes del mundo social media están redefiniendo los modos en que las generaciones actuales desarrollan sus ritmos de comunicación y asociación de contenidos. Un punto relevante al respecto es el rol de los docentes en el develamiento del mundo, incluso la puesta en perspectiva de las posibilidades educativas que ofrece el sistema primario y superior. Según Peña y Lillo (1994), la formación educativa normativa “desvirtúa el desarrollo de la potencialidad creadora” (p. 58). En este sentido, cabe señalar que la mayoría de los planes de educación suelen prescindir y hasta prohibir el uso de plataformas sociales, práctica que también realizan de algún modo los planteles de educación superior cuando vetan el uso de canales de interacción digital.

Algoritmos como potencial de archivo corporal y digital

Los algoritmos, entendidos como mecanismos orientados a la solución de problemas, están compuestos continuamente por etapas de entrenamiento, comprensión y proyección de datos. Contextualizados en redes sociales median las acciones procesadas como elecciones estéticas de los usuarios para distribuir contenidos asociados a prácticas comunes y segmentadas al mismo tiempo. En esta génesis de solución de problemas existe un potencial creativo y pedagógico, pues si concebimos los algoritmos como respuestas ante la necesidad de autodescubrimiento humano sobre nuestras preferencias, es posible construir hipótesis y relatos que

¹ Conjunto de los seres inteligentes con el medio en que viven (RAE). Concepto acuñado por el jesuita Pierre Teilhard de Chardin.

se desplacen entre aquellas “decisiones algorítmicas” y las que atribuimos como propias. En otras palabras, es posible desdibujar los límites de estas fórmulas de estimulación de consumo, incorporándolas como parte de nuevas definiciones de autorías narrativas que son, al mismo tiempo, indiscernibles de lo colectivo, en términos de la influencia en red que se genera.

En este sentido, aun cuando el funcionamiento y las consecuencias específicas de los algoritmos *social media* sean desconocidas para los usuarios –por decisión de las corporaciones digitales– existen aspectos de su funcionamiento estructural que pueden ser extrapolados para especular sobre su incidencia. Así, estos sistemas podrían ser observados como procesos creativos en constante alimentación de datos. Al respecto, la acumulación de datos y temporalidades en juego para el consumo y posteo de información incide en “los tiempos profundos, pero también las aceleradas microtemporalidades que gobiernan el mundo algorítmico de la comunicación y el mercado, los cuales dependen del planeta y sus recursos a la vez que lo tienen como su objeto” (Parikka, 2021, p. 244). En estos términos, es necesario generar herramientas y narrativas de co-interpretación en pos del aprendizaje y en relación con las experiencias vividas en el espacio virtual, ya que estas derivan en experiencias físicas que generan tramas híbridas atravesadas por el tiempo y sus datos de maneras multidireccionales.

La utilización consciente de la mediación algorítmica en pos de objetivos disímiles a la estimulación del consumo constituiría una práctica de hipertelia, concepto de Simondon (2007) que refiere a usos que operan más allá de las funciones para las cuales los elementos fueron creados. Si las corporaciones digitales dispusieron de mecanismos que buscan solucionar un problema capitalista que apunta a necesidad de aumentar el consumo, los usuarios pueden entablar nuevas narrativas en la utilización de estos con fines educativos –por ejemplo–. Lo anterior, en una suerte de develación colectiva sobre las maneras en que los algoritmos afectan nuestro comportamiento (y viceversa) y con ello habilitar estas fórmulas para el lenguaje literario, más allá de sus funciones matemáticas.

Una sala de clases enmarcada en un programa educativo es, justamente, un espacio colectivo que plantea la interacción de un grupo humano específico por un tiempo definido. Al mismo tiempo es un escenario performativo donde se desenvuelve un docente en interacción con sus estudiantes de manera multidireccional. La noción de performatividad concebida en función de lo digital obedece a: obedece a:

Representaciones instaladas en y/o desde el cuerpo en que las apariencias (en términos de elección de la visualidad/entorno, gestualidad, roles, vestuario, etc.) se expresan con una exageración especial para la mirada o atención de otro, siendo mediada por las tecnologías. (Radrigán, 2021, p. 72)

Al respecto, Fuentes (2020) sostiene que en redes sociales existe una conjunción entre acciones corporales y digitales, como forma de ligar la vida que ocurre en ambos planos, es decir, una coyuntura performática que opera como eco y viralización de actos facilitados por las diversas plataformas. Bajo esta lógica las identidades preformadas en las redes conforman parte de las interrelaciones que tienen lugar en el aula, al ser también puesta en escena de diversos referentes y formas de expresión situadas en dispositivos de recepción tecnológica que luego son expresados en interacciones materiales.

La disposición temporal y colectiva que propicia la sala de clases en unión con los algoritmos que median entre comunidades educativas específicas, constituye en sí misma una posibilidad narrativa. En este sentido, es posible plantear ejercicios para expandir los puntos de referencia desde donde construir narrativas: “intercambiar” algoritmos por determinada cantidad de tiempo para narrar al otro; recorridos hipertextuales a partir de las sugerencias de contenido de determinada red social para desarrollar historias; exploraciones basadas en experiencias híbridas –materiales y digitales– que den cuenta de una revitalización de las nociones de literatura, o de producción literaria actual; en función de nuevos modos de conocimiento que median al expresar experiencias que dan cuenta de lenguajes multimediales interconectados.

Asimismo, hoy asistimos a una convivencia de diversas temporalidades en torno a redes sociales, en cuanto a su posibilidad de instantaneidad y simultaneidad, en paralelo con la acumulación de un tiempo almacenado en placas o procesadores materiales, interacciones transformadas en huellas algorítmicas. En esta línea “las nociones de temporalidad deben evitar caer en cualquier vocabulario obsesionado con lo humano, y aproximarse más decididamente a lo fósil” (Parikka, 2021, p. 243); ante esta propuesta, cabría considerar que las plataformas digitales trascienden también el tiempo humano en su diseño alimentado por los hábitos de consumo registrados por los algoritmos, unidos a una lógica de expansión de una huella temporal.

La narratividad de la experiencia humana contemporánea está anquilosada en la interacción con los algoritmos de redes sociales: a través del toque digital de esos íconos alojados en nuestras pantallas pareciera que entráramos y saliéramos de mundos que auguran sensaciones positivas, pero si hay algo que sabemos es que, en realidad, no es posible salir, pues aunque nuestra mirada no esté fijada en la pantalla seguimos presentes como fantasmas digitales que entregan información a cada instante. Las redes nos auscultan continuamente y, aunque desinstalemos las aplicaciones en nuestros dispositivos, otros algoritmos estarán procesando datos para proveer información por otras vías; incluso para hacer recomendaciones en redes sociales a personas con quienes nos reunimos y que sí las usan.

En términos literarios esta premisa pone en circulación la interrogante respecto de quién y cómo se contará la historia del presente que inicia las primeras décadas del siglo XXI; una vez que se hayan encontrado o desencontrado ciertos tópicos de la ficción y realidad que dan cuenta de máquinas que “adivinan” el pensamiento o que buscan predecir y estimular nuestros deseos. Por el momento el material está disponible a modo de especulación archivística –que dataría e 2007, si pensamos en que en ese fue el año de masificación de internet móvil– en torno a la relación de un presente mediado por mecanismos que constituyen archivos sobre la acumulación de interacciones y recorridos hipertextuales, a través de un metaverso que simula el infinito.

Introducir el estudio de los algoritmos como mecanismos narrativos contemporáneos en clave experiencial digital y física de manera simultánea, como espacio liminar –o de transición– y aproximación estética; es un imperativo en los espacios educativos, debido a su impacto en las percepciones, emociones y experiencias sensoriales a nivel social. La socióloga Silvia Rivera Cusicanqui (2018) recuerda que es fundamental repensar nuestros consumos cotidianos entendidos como una “política del cuerpo”, y también en términos de micropolítica:

No está a mi alcance pensar lo que es posible hacer a escala macro. Lo único que puedo hacer es llevar a cabo lo que creo, cumplir con lo mío, poner el cuerpo, hacerlo en un entorno de comunidades de afectos, que quizás irradiarán hacia afuera y se conectarán con otras fuerzas e iniciativas. (p. 73)

Independientemente de que en estos espacios primen contactos mediados digitalmente, existe una disposición corporal implicada, es decir, si bien es posible apreciar como un simulacro de lo colectivo aquello que se vive a través de estos canales, al mismo tiempo estos representan una extensión de las experiencias sensibles que forman parte de la vida en sociedad. Haraway (2018) esgrime sobre aquellas historias sociobiológicas que “dependen de una visión de alta tecnología del cuerpo como un componente biótico o como un sistema cibernético de comunicaciones” (p. 54), o el cuerpo como interfaz de información destinada a proveer patrones y predictibilidad algorítmica.

Esta aproximación también está en sintonía con la idea de Baricco (2019) respecto de que “un hipermundo es la superposición del mundo digital rizomático a un territorio físico y psíquico de tipo jerárquico y mecánico” (p. 160), superposición que plantea un cruce metodológico aplicable en términos sensoriales sobre los efectos de la interacción en redes sociales al experimentar la realidad sensible. Para ello, la incorporación de una performatividad digital asociada a las prácticas docentes es fundamental como manera de conexión y establecimiento de una territorialidad híbrida surgida en las formas de vida contemporáneas.

Redes como Facebook, Twitter, Instagram, WhatsApp y TikTok son espacios catalizadores de emociones y formas de vida, lugares donde se despliegan disputas narrativas que cumplen la función intrínseca de conectar a usuarios aun polarizados, en un mundo que, como expresa Sadin (2018) “vive una digitalización masiva y acelerada de las existencias humanas” (p. 18). Las diferencias y polarizaciones ciertamente existen y se materializan en formas de vida diversas, significaciones particulares de la tecnología y maneras de experimentar el mundo. En este sentido, es necesario que las prácticas docentes incluyan ámbitos de aprendizaje sobre estéticas digitales y que declaren la intención de traspasar las barreras que se agudizan con el consumo intensivo de redes sociales.

Asimismo, se suele afirmar que las plataformas social *media* han democratizado la información transformándose en un escenario donde se hacen presentes las voces que no necesariamente contarían con espacios de expresión pública, dando cabida a *fakes news* con mayor o igual visibilización que noticias reales. Sin embargo, al hacerse válidas todas las voces, las distinciones de información ética y verídica solo serán posibles en la medida que se generen instancias educativas anexas al consumo digital, colectivas, participativas y, en lo posible, experienciales y corporales de forma correlativa; a su vez, incorporando miradas interseccionales diversas –que permitan “romper” los guetos algorítmicos– con eco en los espacios educativos.

En este sentido, las prácticas docentes también pueden conducirse a entregar herramientas de interpretación y discernimiento sobre información falsa o verídica, por medio de una formación cívica, estética, histórica y desde el lenguaje, es decir, con una perspectiva transdisciplinaria; sobre todo de cara a la proliferación de nuevas herramientas de Inteligencia Artificial. Apuntar a la desestructuración narrativa de las barreras algorítmicas puede ser un objeto estético de estudio, apelando al encuentro de códigos comunes y fórmulas de lenguaje que traspasen las pantallas de los *smartphones*.

Por medio de una performatividad que se traduzca en el despliegue de enseñanzas donde los docentes sean capaces de recurrir a códigos presentes en las plataformas *social media*, es posible incentivar a los estudiantes a aprender y plantear ejercicios creativos a partir de múltiples lenguajes que tienen lugar a través de estos mecanismos entendidos en un contexto narrativo. Al respecto, recuerda Valencia (2016): “no olvidemos el carácter performativo del lenguaje que es capaz de crear la realidad que enuncia”, (p. 181); al mismo tiempo, según Haraway (2018) “los concursos por el significado de la escritura constituyen la forma más importante de la lucha política contemporánea” (p. 68), siendo parte de esta disputa aquellas aproximaciones que seamos capaces de instalar bajo lógicas que desplazan las consecuencias programadas –por las corporaciones– de las interacciones

en redes. La escritura posibilitada por acciones enmarcadas algorítmicamente nos remite a una mutación que avanza hacia nuevos lenguajes digitales entendidos como parte de experiencias comunes que podrían tener lugar en el aula.

Si bien develar los códigos algorítmicos requiere un nivel de conocimiento o intuición sobre el funcionamiento de estos, práctica que por el momento puede realizarse de manera especulativa, se necesitan ejercicios de traducción para reinstalar la codificación hacia un tránsito que nos lleve de vuelta al potencial de conocimiento de las experiencias que se proyectan en el lenguaje escrito/visual. Además, Haraway (2018) habla del valor de la reescritura de las historias para la construcción de la identidad mestiza del nuevo mundo; mientras que Kac (2010) se preocupa de estudiar cómo se producen “nuevas e interesantes combinaciones de comunicación, código y lenguaje” a través del arte (p. 15).

Ante el atrapamiento del lenguaje –mediante códigos desconocidos para la mayoría de la sociedad– Haraway (2018) también diría que, para escapar de la prisión se necesita a los poetas, “una especie de enzima de restricción cultural que corte el código” (p. 17). De esta manera, pensar en archivos poéticos o en una poética de los archivos presente en redes sociales podría ser un camino hacia la transmutación de profesores en docentes-traductores que operen como mediadores, a partir de una educación con perspectiva estético-digital. Las maneras expansivas en que se podría hacer toma del lenguaje propiciado en red quedarían abiertas a una creatividad en permanente tensión, respecto del poder ejercido por la disposición capitalista de los códigos versus las exploraciones narrativas que puedan florecer.

Generaciones expertas en redes sociales: docentes estimuladores de interpretaciones algorítmicas

Ha sido enunciado que sabemos muy poco acerca de los algoritmos de redes sociales, aun cuando pasemos horas entregando nuestro tiempo y atención a la deriva del contenido que estos nos ofrecen. Incluso quienes trabajan como creadores de contenido en estas plataformas desconocen la profundidad y alcance de sus fundamentos. A modo de explicación supuestamente esclarecedora, cabe mencionar, redes como Instagram afirman en sus declaraciones corporativas que los algoritmos premian con visibilidad aquellas publicaciones que sugieren “frescura, naturalidad o alegría”; o que priorizan la viralización de posts que generan conversación, es decir, comentarios o mensajes; al igual que aquello que permite que nos quedemos navegando en desmedro de lo que preferimos ignorar a través del *scroll* (desplazamiento realizado en la pantalla para ver los contenidos que aparecen en una página).

De todas maneras, quizá una de las pocas certidumbres conocidas es que estamos condenados a ser permanentemente evaluados como generadores de experiencias digitales –y también como expendedores de datos e información a partir de comportamientos vitales y de navegación– tanto en nuestras redes personales como en los proyectos, colectivos, empresas o instituciones para los cuales producimos gráficas, retratos, *selfies*, *reels* o tuits.

Puede que en algún nivel estemos convencidos de que aquello que publicamos obedece a una suerte de desdoblamiento identitario; o que las personalidades digitales están constituidas principalmente de eso que, como creadores/as, elegimos, es decir, lo que optamos por compartir públicamente, aun cuando sean trozos de vidas privadas. Nos movemos así entre múltiples identidades digitales que obedecen al sello de cada plataforma sin cuestionarnos necesariamente de qué manera estos han permeado en nuestra vida, personalidad, o estados de ánimo.

Ante este desconocimiento, es necesario generar prácticas colectivas de interpretación, señala Vanoli (2019), ya que no es casual que “el algoritmo secreto de Facebook entienda que premiar las conversaciones es una forma de generar plusvalía sobre la base de la atención social” (p. 24). Es decir, hay una transversalidad reconocida y premiable en el hecho de constituirnos como seres sociales, cuestión que hoy se plantea pública y corporativamente como el *leitmotiv* superior tras el germen de las redes sociales.

En este sentido, un espacio social permanente fuera del contexto familiar es el ámbito educativo, como se ha sugerido. Por ello, es necesario incorporar a los planes de enseñanza sobre aquellas regulaciones con apariencia abstracta que se hacen presentes diariamente en las interrelaciones del presente. Al respecto, Alonso y Arzoz (2005) advierten sobre el riesgo de la proliferación de datos abstractos e información digital descontextualizadas de la experiencia físico-material dado que, como menciona Vanoli (2019): “lo virtual consume lo real sin dejar resquicios para una crítica inteligente de lo que realmente ocurre: la imaginación peligrosamente desbocada” (p. 67).

En tanto, Pasquinelli y Joler (2021) expresan que “los datos son la principal fuente de inteligencia. Los algoritmos son la segunda, son las máquinas las que computan ese valor e inteligencia en un modelo” (párr. 12). Una cuestión que conocemos gracias a declaraciones de representantes de Facebook es justamente que sus mecanismos observan la reputación de los creadores de contenido. Así, la presencia digital, de una u otra forma, se traduce en una competencia de rendimiento ante los algoritmos. Es nuestra impronta la que está siendo apreciada, no necesaria ni únicamente por nuestros seguidores, sino por mecanismos que no dejan de traducir acciones en datos y datos en acciones. Los estudiantes,

en tanto, pueden ser severamente afectados en su autopercepción y a la hora de desenvolverse en el mundo, por el uso crónico de redes sociales. En ese sentido, si bien se pueden generar regulaciones de consumo, prohibir los usos de estas plataformas en escuelas y universidades –que bloquean los usos de determinadas plataformas en sus campus– no es la manera más constructiva de lidiar con las transformaciones y el movimiento permanente de las nuevas generaciones receptoras y co-creadoras de aprendizaje.

Un punto importante sobre cómo se han abordado investigativamente las consecuencias de la exposición algorítmica en distintos contextos, apunta al riesgo de discriminación que estos pueden propiciar a través de la colonialidad, la replicación de modelos sociales patriarcales o visualidades hegemónicas que dejan fuera estándares que salen de la norma. Una aproximación útil para comprender su alcance se vincula al hecho de cómo estos, aplicados al plano judicial en Estados Unidos, han buscado la estandarización de ciertos rasgos faciales para afirmar que es posible generar índices de mayor o menor probabilidad de comisión de un delito, cuestión que también se enlazaría con la ubicación territorial de personas analizadas desde bases de datos provenientes de archivos policiales.

Alguna vez Stuart Hall, desde la vereda de los estudios culturales, aseguró que “el momento es esencialmente débil porque naturaliza y deshistoriza la diferencia, y confunde lo que es histórico y cultural con lo que es natural, biológico y genético” (Restrepo et al., 2013, p. 293). Esta premisa adaptada al contexto de los algoritmos de redes sociales se vuelve también palpable si pensamos en la aparición de filtros de belleza que no hacen más que blanquear el color de la piel en una fotografía, herramientas cotidianas para todo el mundo.

Incluso, desde perspectivas éticas los actores educativos están llamados a reflexionar sobre la estandarización de preferencias por medio de la constitución de públicos, las recomendaciones basadas en el cálculo de emociones, las percepciones traducidas en píxeles y la credulidad hacia las imágenes. Son cuestiones que dialogan con patologías del presente, que son potencialmente discriminatorias a nivel global y local; además, que constituyen las formas de aprehensión de las vivencias que conforman las narrativas hacia la preparación de un futuro.

En cuanto a las maneras que las nuevas tecnologías han cambiado las maneras de experimentar el mundo, Steyerl (2014) explica que estas “han permitido que la mirada del observador distanciado se haya vuelto cada vez más global y omnisciente, hasta el punto de hacerse masivamente intrusa” (p. 27). A su vez, la autora nos habla de la figura de David Bowie cantándole a un nuevo tipo de héroe neoliberal correspondiente a:

Un producto resplandeciente dotado de una belleza poshumana: una imagen y nada más que una imagen (...) La inmortalidad de este héroe ya no se origina en su fuerza para sobrevivir a cualquier prueba, sino en su capacidad de ser fotocopiado, reciclado y reencarnado. (p. 51)

Diversos *influencers* actuales podrían caber en esa categoría donde “las imágenes desencadenan deseos miméticos y hacen que la gente quiera convertirse en los productos representados” (p. 171). Ahora bien, en relación con el tema desarrollado, Steyerl (2014) diría que los algoritmos posibilitan la proliferación de “estereotipos comprimidos para beneficio ideológico” (p. 181) del consumo de contenido y la adquisición de objetos en redes sociales. En esta línea, aquellas narraciones que subviertan estos conceptos podrían contener luces disruptivas en una época que ha sido bautizada como tecnoceno, como señala Costa (2021), en referencia al surgimiento de tecnologías de alta complejidad y las transformaciones irreversibles que estas han desencadenado “cuando entregamos los datos fundamentales de nuestras relaciones sociales a máquinas conectadas con las más grandes agencias de recopilación y análisis de información política o comercial, es nuestra forma de vida la que está progresivamente deviniendo infotecnológica” (p. 28).

En cuanto a la evolución de las perspectivas que nos han llevado a este punto en que podemos observarnos como humanos cyborg, la académica especialista en literatura y realidad virtual, Teresa López-Pellisa (2015), manifiesta que vivimos una era poshumanista, a la vez que advierte un giro hacia la psicopolítica en cuanto somos susceptibles de manipulación constante. Dados estos alcances, los docentes tienen la misión de conducir perspectivas valóricas y generar herramientas para el desarrollo del pensamiento crítico con el fin de que los estudiantes aprendan a discernir sobre los contenidos que absorben.

En cuanto a la falta de conocimiento sobre el tema, hay que considerar que con el tiempo cada vez más profesores nativos digitales serán los encargados de transmitir conocimientos a estudiantes que se renuevan en temporalidades disímiles en comparación con la velocidad de la multiplicación de datos. Sin embargo, mientras no haya llegado al momento en que los sujetos involucrados en el proceso educativo compartan esa categorización generacional (de nativos digitales), el camino puede ser cimentado.

Como manifiesta Lemos (2011) “la cultura de la movilidad evoluciona de acuerdo con los periodos históricos” (p. 3). Por el momento, vivimos en un instante en que los algoritmos alimentan la fantasía de identidades develadas y la salida de las personalidades a la superficie. Como dice Baricco (2019), es un tiempo donde está en juego cómo moldeamos nuestra imagen en el ecosistema digital, difuminándose las fronteras entre las identidades que conviven en un mismo individuo, ahora

adaptadas a las potencialidades de cada red social. En relación con esta mirada, Stuart Hall establece que en cada individuo conviven:

(...) identidades contradictorias que jalan en distintas direcciones, de modo que nuestras identificaciones continuamente están sujetas a cambios. Si sentimos que tenemos una identidad unificada desde el nacimiento hasta la muerte, es sólo porque construimos una historia reconfortante o ‘narrativa del yo’ sobre nosotros mismos”. (Restrepo et al., 2013, p. 363)

Hoy los algoritmos son centrales en los procesos de construcción identitaria, conformando personalidades digitales que se han expandido y conectado entre sí de forma pública, quedando adheridas a las expresiones presenciales. Por su parte, Zafra (2017) manifiesta que “la disponibilidad permanente de conexión enciende un escenario entusiasta donde poder amplificar los fragmentos y registros que nos traducen al otro” (p. 168). Si bien la autora en su libro *El entusiasmo* se acerca críticamente a los alcances de la hiperconexión en la era digital capitalista; en su relación con la precariedad, recuerda que los sistemas de valor y las estructuras algorítmicas sobre las cuales se construye la cultura-red son mejorables. A su vez, a partir de visiones provenientes de un pensamiento humanístico, artístico y literario “cada vez más necesarias”, es que la imaginación tecnológica pudiera liberarse de sus lastres de prejuicios programados. Tal vez las estructuras de datos en el contexto de redes sociales no sean abarcables o alcanzables para los usuarios, pero sí los significados subjetivos y, por cierto, la reconducción o perspectiva valórica, como una de las tareas pendientes de los educadores.

Por otro lado, el contenido que se postea en redes sociales suele ser asimilado o considerado como destacado por parte de los usuarios, encapsulando muchas veces instantes estimados como fragmentos de realidades que dan cuenta de una vida más nutrida de hechos extraordinarios que ordinarios, articulando una suerte de simulacro de la propia vida y de las relaciones sociales que esta conlleva, trasladadas al plano digital. Sin embargo, estas prácticas han evolucionado generacionalmente, encontrándonos con *feeds* vacíos de imágenes y solo con *stories*; también con fotografías o videos *random* de instantes desenfocados en donde parece haber una declaración *antialgorítmica* o, por lo menos, un contraste con las prácticas de las generaciones mayores que comenzaron utilizando las redes.

Estas prácticas que enuncian una intención de distancia respecto de aquello esperable en la puesta en escena de redes sociales dialogan con la intuición de Steyerl (2014), quien en la década de 1990 observaba un agujero negro que empezó a formarse, “*la net culture* y la imaginación recombinante surgieron de las cenizas del arte visual reducido a una imaginería *spam*, entremezclándose con el

media activismo” (p. 13). La ensayista y directora de cine sugiere la imagen de una caída libre que hoy se vincula al modo de navegar en redes sociales por medio de nuestros *smartphones*, anclajes efímeros de trozos de realidad representada a medida que vamos consumiendo cada contenido.

Menciona la autora que el horizonte fijo “siguió siendo una proyección hasta que los horizontes virtuales fueron inventados con el fin de crear la ilusión de estabilidad” (p. 18). Siguiendo con este razonamiento, los *smartphones* se conforman como dispositivos metonímicos del nomadismo perdido en tiempos de horizontes fijos. En su vínculo con internet móvil, sobre todo en países donde existen las condiciones técnicas necesarias, navegamos por distintos parajes aun estando en el mismo lugar físico. En este contexto, las redes sociales insertas y consumidas principalmente como tecnologías móviles, en conceptos de Lemos (2011) “redefinen relaciones sociales y sentidos de lugar” (p. 10). Diversas redefiniciones, reconducciones o revitalizaciones, pueden tener lugar por medio de prácticas docentes comprometidas con metodologías de aprendizajes que apunten hacia narrativas que nos permitan elucubrar visiones alternativas a los designios supuestamente inamovibles o predecibles, aquel destino irrevocable que nos espera como humanidad susceptible de ser auscultada pasivamente y sin poder de agencia.

Conclusiones

El contexto digital es parte esencial de la vida contemporánea, siendo los algoritmos de redes sociales estructuras de programación que median cada día en las percepciones de los habitantes del planeta, al ofrecer contenido a usuarios que conviven en este entorno. Sin embargo, esta temática no está lo suficientemente presente en programas de formación universitaria ni estimada en las prácticas docentes, las cuales deben alinearse con el tiempo actual desde una perspectiva híbrida experiencial que se genera en la unión del mundo digital con las vivencias corporales. Esta premisa contiene un potencial narrativo que permite apreciar la acumulación de datos algorítmicos; así como elaborar prácticas especulativas en torno a su interpretación, como archivos poéticos para la exploración literaria.

Hoy el espacio comunitario educativo es un lugar privilegiado para co-interpretar los alcances y funcionamientos de estas codificaciones que inciden en la creación de maneras de aprender, aun inconscientemente por parte de los estudiantes, quienes consumen redes sociales como parte de sus estilos de vida, todavía más que los docentes actuales. Concebir estos mecanismos como parte de un engranaje de sistemas retóricos tecnológicos y estetizantes permite abrirnos a las limitaciones de la Inteligencia Artificial y sus lenguajes matemáticos concebidos por humanos.

Las redes sociales se han convertido en parte del entramado de nuestras experiencias tangibles y sensibles, aun cuando estemos detrás de una pantalla. ¿Es posible aprovechar estas tribunas con mayor o menor alcance para contribuir a prácticas docentes que se conecten con las experiencias de los estudiantes? Por medio de las reflexiones presentes, se ha buscado proporcionar algunos ejemplos de actividades tendientes a concebir estas herramientas digitales como procesos creativos, sin desconocer el rol de los docentes en una mediación de la realidad experimentada para estimular la comprensión de los algoritmos que permean cada recoveco de la vida.

En cuanto a posibles interpretaciones del funcionamiento algorítmico de redes, algunas intuiciones se vinculan a la viralización de contenidos, bajo prácticas inscrites en términos de la necesidad de brevedad y precisión en las primeras imágenes o líneas de la información, el uso recomendado de colores vivos, la presencia de rostros humanos que favorezcan la sensación de cercanía y diversas prácticas que van permaneciendo como requisitos no declarados, aun entre transformaciones algorítmicas asociadas a formatos que estimulan el consumo. Estamos ante formas de contenido que han modificado en la manera de experimentar el mundo; así como los modos de conocimiento, los que sin duda están interviniendo en las disposiciones creativas y en los procesos de aprendizajes.

El control efectivo que ejercen las corporaciones tecnológicas por medio de la datificación de nuestras interseccionalidades e intimidades requiere una observación constante, la cual nos permita pensar en rupturas de la totalidad simulada por perspectivas de infinito estimuladas por el *scroll* permanente; además de nuevas maneras de estimar el tiempo para convocar un régimen de visibilización de sensibilidades únicas, situadas y conectadas con otras generaciones y acciones. Como manifiestan Pasquinelli y Joler (2021): “la arrogancia de la clasificación automatizada ha provocado el resurgimiento de las técnicas reaccionarias lombrosianas que se creían ya confinadas a la historia” (párr. 36).

Al mismo tiempo, otorgarle cuerpo y sensorialidad a lo digital implica acudir a la estética ante un panorama que parece centrarse en códigos meramente informáticos desde una perspectiva con prevalencia racional y lógica. Convivimos en un régimen de entrega de contenidos que compiten entre sí para incentivar las decisiones de compra y, de una u otra manera, perspectivas políticas que se adapten a la estructura hegemónica que favorece el *statu quo* del consumo ilimitado. La expresión de matices sensibles eventualmente ilegibles artificialmente constituye así un potencial narrativo y un ruego ético para la educación en este momento que habitamos como especie *cyborg* absorbida por el *marketing* capitalista expresado en el espacio digital. En ese sentido, la performatividad de los docentes no puede escindirse del plano digital replicando formatos de clases estandarizadas anteriores al uso extendido y profundizado de las redes sociales.

La información y análisis aquí expuestos buscan abrir un tema poco abordado hacia posibles inspiraciones futuras para docentes en diversos espacios formativos. Las redes sociales, tal como las conocemos en este momento, a inicios de la segunda década del siglo XXI, no solo son extractoras de datos y dopamina, proveedoras de distracción o cualquiera de las definiciones subjetivas que puedan existir. Las plataformas digitales conforman, justamente, instantes que requieren continuamente de interpretaciones colectivas y contingentes, en la medida que modulan e intervienen en la trayectoria finita que vivimos.

Asimismo, la educación sigue siendo aquello que constituye la posibilidad de retomar una promesa incumplida hacia una mejor sociedad y calidad de vida; por esto, es necesario plantear nuevas metodologías que apunten a la develación y experimentación colectiva sobre las experiencias que van teniendo lugar en el contexto de transformación digital. Las dinámicas algorítmicas –en particular, en su expresión en redes sociales– son determinantes en la conformación de identidades, gustos estéticos y modos de aprendizaje en relación con sus usos, así como la exposición a contenidos seleccionados para cada usuario. Sin embargo, hasta el momento esta temática no ha tenido atención suficiente en las prácticas docentes en contextos educativos.

Si bien los algoritmos de aprendizaje maquínico no son transparentes para el caso de las corporaciones *social media*, como se ha mencionado, se sostiene que es posible advertir patrones de funcionamiento, respuestas a determinaciones estructuradas que mutan en momentos clave derivados en determinadas circunstancias del cambio de comportamiento de los usuarios, lo que supone réplicas maquínicas ante acciones humanas que dialogan en un universo de mecanismos convertidos en técnica cultural.

Al introducir conceptos narrativos y observar los algoritmos como procesos creativos estaríamos ante una extralimitación del uso para el cual los algoritmos *social media* fueron creados, es decir, ante prácticas *hipertélicas*. Al respecto, no es un secreto que las compañías digitales buscan descifrar la impredecibilidad del cerebro humano invirtiendo grandes cantidades de dinero para ello, y que es ahí donde yace gran parte del poder asignado a los algoritmos, en cuanto ponen en marcha prácticas de develación de predictibilidad y patrones de comportamiento. No obstante, emergen categorías intermedias como parte del azar de acciones que, aun planificadas para producir azar, pueden alterar las relaciones de poder: un potencial de disrupción a partir de lo narrativo, donde aquello que se relata ya no es solo a partir de una relación de subordinación y unidireccionalidad de develamiento.

Ser conscientes de la utilización del lenguaje escrito y audiovisual en diversos formatos en redes sociales remite a una apelación a la semántica del poder. Es posible que, introduciendo nuevas perspectivas sobre las interpretaciones que

realizamos en torno a la influencia de estos mecanismos, podamos observar estos sistemas como nodos vivos que estimulan la intuición de aquellos jóvenes deseantes de convertirse en extranjeros irónicos para las automatizaciones, por medio de narrativas inesperadas.

Por el momento, tenemos la certeza de que el contenido que consumimos en redes puede ser conscientemente entrenado en estas plataformas, práctica que podría ser nutrida en actividades pedagógicas: brindar a los algoritmos –por ejemplo– perspectivas de creación literaria, donde los estudiantes, guiados por los docentes podrían experimentar las consecuencias de determinadas acciones digitales a partir de cuentas ficticias creadas con fines educativos.

Este tipo de dinámicas se orientarían a la construcción de lenguas que apeleen al mismo campo semántico cultural, a la luz de un ámbito simbólico diverso que coincide en la experiencia común de los espacios formativos. Prácticas docentes que dialogarían con la naturaleza de los algoritmos entendidos como mecanismos orientados a la solución de problemas, comprendiéndolos como rutas ficticias donde el consumo algorítmico consciente derive en recorridos hipertextuales alimentados por la creatividad surgida en las aulas.

Referencias

- Alonso, A. y Arzo, I. (2005). *Cibergolem. La quinta columna digital. Antitratado comunal de hiperpolítica*. Gedisa.
- Baricco, A. (2019). *The Game*. Anagrama.
- Bunz, M. (2021). *Cómo no dejarnos gobernar de esa manera por las tecnologías digitales*. Laurel.
- Costa, F. (2021). *Tecnoceno. Algoritmos, biohackers y nuevas formas de vida*. Taurus.
- Fuentes, M. (2020). *Activismos tecnopolíticos. Constelaciones de performance*. Eterna Cadencia.
- García Canclini, N. (2020). *Ciudadanos reemplazados por algoritmos*. Calas.
- Gómez, D. y Marchant M. (Eds.). (2016). *Mediaciones algorítmicas para el agonismo. Notas de investigación-creación en torno a diseños confrontaciones*. Maval.
- Haraway, D. (2018). *Manifiesto para cyborgs: ciencia, tecnología y feminismo socialista a finales del siglo XX*. Letra Sudaca Ediciones.
- Kac, E. (2010). *Telepresencia y Bioarte. Interconexión en red de humanos, robots y conejos*. Cendeac.
- La Ferla, J. y Beiguelman, G. (2011). Por una crítica de las artes tecnológicas móviles. En G. Beiguelman y J. La Ferla (Eds.), *Nomadismos tecnológicos. Dispositivos móviles. Usos masivos y prácticas artísticas* (pp. IX-XI). Ariel.

- Lemos, A. (2011). Cultura de la movilidad. En G. Beiguelman y J. La Ferla (Eds.), *Nomadismos tecnológicos. Dispositivos móviles. Usos masivos y prácticas artísticas* (pp. 1-12). Ariel.
- López-Pellisa, T. (2015). *Patologías de la realidad virtual. Cibercultura y ciencia ficción*. Fondo de Cultura Económica de España.
- Parikka, J. (2021). *Una geología de los medios*. Caja Negra Editora.
- Pasquinelli, M. y Joler, V. (2021). El Nooscopio de manifiesto. *LaFuga*, 25. <http://lafuga.cl/el-nooscopio-de-manifiesto/1053>
- Peña y Lillo, S. (1994). *El temor y la felicidad*. Editorial Universitaria.
- Radrigán, V. (2021). *Siento mariposas en el celular. Cuerpo, afecto y sexualidad en dating apps*. Editorial Oximoron.
- Restrepo, E., Walsh, C. y Vich, V. (Comps.). (2013). La cuestión de la identidad cultural, La cuestión multicultural. En *Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales* (pp. 373-416, 601-638). Corporación Editora Nacional.
- Rivera Cusicanqui, S. (2018). *Un mundo ch'ixi es posible. Ensayos desde un presente en crisis*. Tinta Limón.
- Sadin, É. (2017). *La humanidad aumentada. La administración digital del mundo*. Caja Negra Editora.
- Simondon, G. (2007). *El modo de existencia de los objetos técnicos*. Prometeo Libros.
- Steyerl, H. (2014). *Los condenados de la pantalla*. Caja Negra Editora.
- Valencia, S. (2016). *Capitalismo gore. Control económico, violencia y narcopoder*. Paidós.
- Vanoli, H. (2019). *El amor por la literatura en tiempos de algoritmos. 11 hipótesis para discutir con escritores, editores, lectores, gestores y demás militantes*. Siglo XXI Editores.
- Zafra, R. (2017). *El entusiasmo. Precariedad y trabajo creativo en la era digital*. Anagrama.